

LAS MORADAS

DE SAN MARTÍN

SENDA

Traía una botella de vino para pintarme los labios con una sonrisa de color rojo cereza y bebérmola a sorbos como la vida misma.



Luis Queco

VINOS DE MADRID
DENOMINACIÓN DE ORIGEN

SI SE ACUERDA DE MÍ

Estoy sentada en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y el portátil sobre mis piernas. En la mesilla hay una copa de vino y en el dormitorio demasiado silencio. Antes de acostarme navego por varias redes sociales, apenas hay nada interesante en ellas más allá de alimentar los propios egos. Pero tienen algo de adictivo y de necesidad de estar conectada con el mundo. Una de mis amigas de la universidad acaba de colgar una fotografía de Madrid y me he quedado mirándola.

Ya no vivo en esa ciudad, tuve que irme cuando todo se terminó. En ocasiones, la única manera de intentar curar las heridas es poner tierra de por medio y dejar que pase el tiempo, el poco que tenemos.

Observando ahora esa imagen recuerdo aquellos años, de lo que tanto me gustaba andar sobre mis zapatos de tacón por sus calles, con la cabeza bien alta para no perderme nada, y camino de unos ojos coloreados de otoño.

No puedo evitarlo, Madrid siempre me recuerda a él. Sí, lo sé, ya hace mucho que le tendría que haber olvidado. Pero no es que no pueda, es que no quiero.

Creo que a todos nos llega un momento en la vida, cuando nuestros hijos ya empiezan a ser mayores; cuando creemos, inocentemente, que nuestro trabajo es para

siempre y nuestra hipoteca está ya pagada; en el que nos plantamos, echamos la vista atrás y pensamos que habría sido de esa persona a la que tanto quisimos. No podemos evitar dudar si nos equivocamos, si no hubiéramos estado mejor a su lado, si estará bien, cómo habrá envejecido, si se acordará de nosotros y si será feliz.

Recuerdo perfectamente que me cautivaban tantas cosas de él. Desde la manera en que me hacía reír, a como me dejaba mensajitos en post-it que ponía por toda la casa, con caritas sonrientes y corazones dibujados. Sé que ahora suena infantil, casi ñoño, pero no os imagináis la ilusión que me hacía encontrar cada uno de ellos cuando me levantaba de la cama, en el interior de la nevera, o pegado en el espejo del baño, o dentro del armario...

Tampoco me he olvidado de la manía que tenía de despertarse temprano, aunque fuera fin de semana o estuviéramos de vacaciones. ¡Con lo bien que se está en la cama!

Y cómo me llevaba siempre a ver películas de lo más extrañas. O, cada jueves, traía una botella de vino para pintarme los labios con una sonrisa de color rojo cereza y bebémosla a sorbos como la vida misma. Y despertar al día siguiente con él abrazado a mi ombligo y la certeza de que no se podía ser más feliz.

Soy consciente de que cuando pasa el tiempo tendemos a idealizar el pasado, nos sucede con la infancia, con la música, hasta con nosotros mismos. Es fácil darse cuenta de que todo aquello que ahora añoro de entonces no podía ser realmente tan especial. Que yo era más joven e impresionable. Que todos, con veintitantos años, hemos sido felices en una gran ciudad, sin preocupaciones, sin responsabilidades, sin nada y, a la vez, con todo por conseguir.

Ya lo sé, hoy me estoy atiborrando de melancolía, y eso a menudo produce una resaca de tristeza y desazón. Que yo no soy de esas que se ponen a ver fotografías de joven y sobreviven alimentándose de los ecos de un tiempo que siempre será mejor que el actual.

Sin embargo, a pesar de todo ello, hay cosas que son imposibles de olvidar. Todos tenemos restos de sueños arrinconados en los cajones y algún día deberemos abrirlos, desempolvarlos y decidir que hacemos con ellos. Si los tiramos para siempre o los seguimos guardando, pensando que aún tendrán alguna utilidad.

Hoy yo he mirado en el fondo de uno de ellos y he recordado cuando muy de mañana, salíamos juntos hacia el centro de Madrid. Bajábamos del metro cerca de El Retiro y paseábamos por el parque fijándonos en los lagartos de

la fuente de Cuba. Él me contaba las leyendas de la estatua del Ángel Caído y luego caminábamos agarrados entre las estatuas de los reyes de España, camino del Museo del Prado. Entrábamos únicamente cuando había alguna exposición nueva, él decía que “la buena pintura hay que degustarla en pequeños tragos, como el buen vino”. Apreciar todos sus matices, sin apresurarse. Que si te emborrachas ya no lo disfrutas, y tenía razón. Que el arte y el vino, tienen el mismo fin, estimularnos, y hacernos sentir mejor.

Exactamente igual que el amor, aunque en demasiadas ocasiones no nos demos cuenta y terminamos sufriendo, y seguimos insistiendo, aunque nos duela.

A veces la tentación de seguir paseando por las infinitas salas de la pinacoteca era demasiado poderosa y salíamos de El Prado hasta las cejas de Goya o Velázquez, embriagados de Murillo o El Greco. Y es que, si te vas a dar un homenaje, mejor hacerlo a lo grande.

Luego tomábamos el aire deambulando por el Paseo del Prado, saltando de los leones de Cibeles a los caballos marinos con cola de pez de Neptuno. Parándonos en la fuente de Apolo, la más abandonada de las tres que reinan entre los turistas y el arte, como si las tres divinidades mitológicas formaran un auténtico monte Olimpo en pleno centro de la capital de España. Apolo siempre pasa

desapercibido, casi nadie recae en el dios de la belleza, de la razón, de la música y la poesía. Y es que nosotros siempre fuimos patronos de causas perdidas.

Yo prefería ir luego hacia el Thyssen, pero él era más de dar una vuelta por el Reina Sofía. Daba igual, porque al final siempre terminábamos comiendo algo por La Latina, entre cazadores de gangas camino de El Rastro y seres nocturnos que regresaban a sus guaridas hasta que volviera a caer la noche.

Subíamos hacia Tirso buscando a Sabina en cada esquina y llegábamos hasta la Plaza Mayor, donde curioseábamos los sellos y los carteles de los puestos de los coleccionistas. Nos deteníamos a escuchar las campanadas de la Puerta del Sol como si fuera Nochevieja y tomábamos otra copa de vino en Santa Ana, para recitar las poesías escritas sobre las calles del barrio de las Letras e imaginarnos a Lope y a Cervantes rivalizando entre duelos de espadachines.

Volvíamos al metro Sevilla para pasar bajo sus cuadrigas y subir a la azotea del Círculo de Bellas Artes, rendir allí pleitesía a la diosa Minerva y comprobar lo hermoso que puede ser un edificio como el Metrópolis.

Cruzábamos entre las faldas cortas de la calle

Montera, yo me asomaba a los escaparates de las tiendas de Callao y él, a los de las librerías. Y juntos buscábamos las luces más brillantes de los musicales de Gran Vía, nos perdíamos entre los besos más furtivos de Chueca y curioseábamos como los turistas esquivaban a los coches para fotografiarse frente a la Puerta de Alcalá, que no podíamos dejar de admirar como si estuviéramos dentro de la canción de Ana Belén.

Luego terminábamos en cualquier garito de Malasaña, sentados, con una copa de vino en la mano, con música de fondo, hablando, riendo y bebiendo de nuestros labios.

Lo recuerdo como si fuera ayer y lo echo tanto de menos.

Seguro que tú también lo harías. ¿Quién no ha soñado alguna vez con que a uno le miren como nosotros lo hacíamos entonces?

Supongo que todo tiene un principio y un final, y que el amor es como el buen vino, puede durar un instante en tus labios, pero una vez que lo pruebas, lo recuerdas toda la vida.

Todo acabó un otoño. Fue tan rápido como

doloroso. Estábamos sentados en una cafetería de Malasaña, como tantas otras veces, y entonces me miró de una manera diferente, como nunca antes lo había hecho. Supe al instante que algo sucedía, aunque jamás imaginé que fuera a ser tan horrible.

Me dijo que me seguía queriendo, que yo era maravillosa, pero que él no era feliz. Que le podía la rutina, que había disfrutado descubriendo el lunar que tengo en la espalda, haciéndome cosquillas en los pies, observándome mientras dormía y peleando por el nórdico en invierno. Ese era el problema, ya conocía todos los rincones de mi cuerpo, ya no le apetecía hacerme reír con las mismas gracias. Ni ver cómo me ponía el bikini azul el próximo año, porque sabía que sería de ese color. Ni quería verme refunfuñar cuando me volviera a pedir ir a un karaoke, porque yo los odiaba. Que él quería viajar a Londres y a París, a las que yo había estado decenas de veces; y yo soñaba con visitar Japón y China, donde él había prometido no ir nunca.

Que hasta aquí habíamos llegado.

Fue duro.

Sigue siéndolo cuando lo recuerdo, como una espina que permanece clavada dentro de tu piel. Si no la tocas y no piensa en ella, casi no duele, pero como pases los

dedos sobre ella, ves las estrellas.

No sé, creo que sería extraño llamarle... sí, definitivamente lo sería.

¿Cómo podría saber algo de él? No dejo de pensar en cómo será su vida, si se parecerá a la mía o, por contra, será cómo soñábamos en realidad que fuera.

Si él pensará alguna vez en mí.

Si deberíamos volver a vernos.

Si sabría qué hacer cuándo le viera.

Si será posible que todavía me quiera.

He vuelto a teclear en el ordenador, voy a buscarle en Facebook.

Tiene una foto de una calle de Madrid, así que debe seguir viviendo allí. Puedo escribirle, aunque me da una vergüenza terrible. ¿Qué voy a decirle? De ninguna manera quiero que sepa cuánto le echo de menos.

Abro la pantalla para enviarle un mensaje, pero me quedo en blanco. No consigo teclear nada que me convenza de que esto ha sido una buena idea, así que lo cierro.

Me quedó mirando su foto de Madrid, ¿por qué no tendrá una suya? Así al menos, sabría que aspecto tiene ahora.

Resoplo, necesito una copa de vino.

Me levanto, voy a la cocina para servírmela y vuelvo con ella en la mano.

Sigo observando la imagen de su perfil y no sé qué hacer.

Lo dejó y reviso los mensajes que he recibido en mi cuenta de correo electrónico para distraerme y tener la mente ocupada, voy bajando con el cursor. Ninguno interesante, mi buzón de correo ya nunca lo es. Y entonces llego a un email de hace meses que nunca abrí. Es de un chico con el que salí un tiempo, un tiempo breve para ser sinceros).

¿Qué querrá ahora de mí? Hace años que no sé nada de él, no entiendo por qué me escribe ahora... Me da igual, no pienso perder el tiempo en responderle.

LUIS ZUECO



Luis Zueco nació en Borja en 1979. Es ingeniero industrial, licenciado en Historia y escritor. Director del Castillo de Grisel, fortaleza medieval convertida en hotel con encanto, y copartícipe de la restauración del Castillo-Palacio de Bulbunte.

Miembro de la Asociación Española de Amigos de los Castillos y colaborador, como experto en patrimonio y cultura, en diversos medios de comunicación. También ha participado en varias exposiciones de arte como la de “Luis Feito. Pintura y dibujo 2002-2018” en el Palacio de Sástago de Zaragoza.

Es autor de las novelas Rojo Amanecer en Lepanto, El escalón 33 (Mención de Honor en el Premio Internacional de Novela Histórica Ciudad de Zaragoza 2012) y Tierra sin rey.

Además, en géneros de no-ficción, ha elaborado la exitosa guía turística- cultural Castillos de Aragón: 133 rutas. Entre sus novelas históricas destaca su trilogía medieval, traducida a varios idiomas, y compuesta por El Castillo, La Ciudad y El Monasterio (Ediciones B).

Viñedos de San Martín, S. L.U.

28680 San Martín de Valdeiglesias. Madrid Tel.: +34 687 457 235
bodega.lasmoradas@grupoenate.es - www.lasmoradasdesanmartin.es
